

Laura Méndez - Víctor Díaz

Clarita del sur

Historias increíbles pero ciertas de la Patagonia

Ediciones

Pido la Palabra

Los autores

Laura M. Méndez es Doctora en Historia y docente de la Universidad Nacional del Comahue en Bariloche. Autora de numerosas publicaciones referidas a la historia regional y a la enseñanza de las Ciencias Sociales.

Víctor A. Díaz es ingeniero industrial y escritor. Autor de numerosos cuentos referidos al espacio patagónico.

Méndez, Laura
Clarita del sur : historias increíbles pero ciertas de la Patagonia / Laura Méndez y Víctor Díaz. - 1a ed. 3a reimp. - Neuquén : Pido La Palabra, 2014.
96 p. : il. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-97379-5-8

I. Narrativa Argentina. I. Díaz, Víctor II. Título.
CDD A863

Fecha de catalogación: 07/02/2014

© Copyright **Laura Méndez - Víctor Díaz**

Es un libro de

Ediciones Pido la Palabra

edicionespidolapalabra@gmail.com

TE: 0299-155046442

Digitalización de tapa: Emilio Bertogna

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Libro de edición argentina

ISBN 978-987-97379-5-8

Primera edición: marzo 2007

Primera reimpresión: noviembre 2007

Segunda reimpresión: marzo 2011

Tercera reimpresión: febrero 2014

La reproducción total o parcial de este libro en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, escrita a máquina por el sistema "multigraph", mimeógrafo, impreso, etc., no autorizada por los editores, viola derechos reservados.

Laura Méndez - Víctor Díaz

Clarita del sur

Historias increíbles pero ciertas de la Patagonia

Ilustraciones
Walter "Kameyo" Moreno

Corrección de estilo
Verónica Fernandez Battaglia

Ediciones
Pido la Palabra

Uno

Es difícil definir a Clarita, aunque tiene dos rasgos que hacen imposible confundirla con otras chicas del barrio: uno es su pelo negro, tan pero tan largo, que cuando se sienta lo aplasta con la cola. El otro es un lunar justo ahí, en el medio de la nariz. Una vez en el recreo le dijo a Maitén, su mejor amiga, que estaba esperando crecer para maquillárselo, y aunque Maitén intentó convencerla de que le quedaba lindo, no hubo forma de hacerle cambiar de idea.



Clarita vive en Bariloche con su papá, sus abuelos y conmigo, su tía. Nuestra casa está en un barrio sobre la montaña, que se llama “El alto”, donde viven familias muy humildes: algunas sin trabajo, y otras ocupadas en la actividad turística y la construcción. Los padres de Clarita se separaron. Su mamá se fue a vivir más al sur y Clarita la ve dos veces al año, en las vacaciones del cole. Aunque recibe muy seguido noticias de ella, por medio del chat, del mail o de algún amigo viajero, la extraña mucho. Su papá es cocinero y trabaja en un restaurant del centro.



Cuando recién se mudaron, Clarita empezaba quinto grado. Nunca supo si fue por la mudanza, porque extrañaba a su mamá, o porque le daba miedo el maestro de quinto: la cosa es que las primeras noches que pasó en la casa del alto, no pudo dormir.

No le dijo nada a nadie, pero sin duda, se movió tanto en la cama, que despertó a todos. Incluso el abuelo Luis, que decía que ya no oía bien, se acercó a su lado y le preguntó:

-¿Qué pasa Clarita que no dormís? Mirá que mañana hay que levantarse temprano para ir a la escuela.

-Es que no tengo sueño- dijo Clarita. -¿Puedo mirar tele?

-No- dijo el abuelo. -Tengo una idea mejor. Voy a contarte una historia. Y ahí empezó la fascinante vida de Clarita, a través de las historias del abuelo, increíbles -pero ciertas- aventuras en la Patagonia.



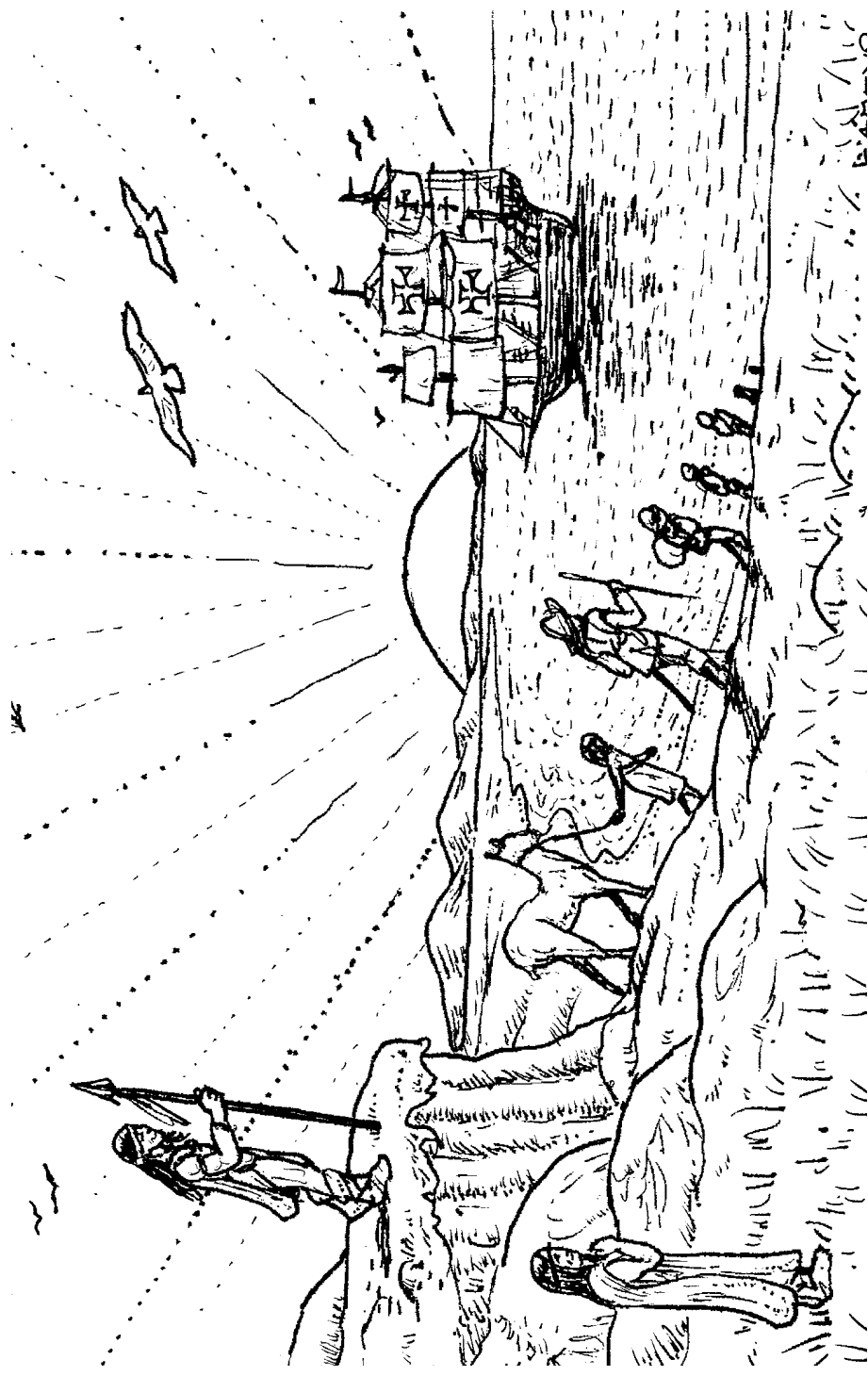
El susto de Pigafetta

Había una vez un chico llamado Aon, que pertenecía a la tribu de los *Aonik'enk* (así se llamaban los indígenas que hoy conocemos como tehuelches del sur). Tenía 10 años y pasaba sus días entre las horas que ayudaba a su madre, tareas que poco a poco Aon iba dejando de lado por considerarlas poco dignas de un futuro hombre cazador, y las horas que compartía con su padre, aprendiendo el arte de cazar, cuerear los animales y construir armas y herramientas con madera, piedra y huesos.

Una tarde fresca de invierno, Aon fue solo al mar. Le gustaba recorrer la playa buscando las cosas que el mar arrojaba cuando la marea subía. Escarbaba la arena en busca de mejillones con su cuchillo de piedra, afilado por él y su padre con el golpe de otras piedras. Cuando la marea bajaba, los peces quedaban atrapados en piletones, y él los pescaba fácilmente o los atrapaba usando un arpón improvisado con un palo puntiagudo. Luego la madre los cocinaba y los servía bien calientes en las noches de invierno.

Un día había encontrado en esa misma playa un diente de *goos* (que quiere decir orca en su idioma). Había corrido a mostrarle a su padre el diente del monstruo de las profundidades. Su padre le había contado que él había visto de cerca a ese tipo de *goos* y, desde entonces, el mayor anhelo de Aon era ver desde la orilla a ese animal tan grande que un solo diente ocupaba sus dos manos.

Tan concentrado estaba mirando la arena en busca de nuevos trofeos de aventuras que tardó en darse cuenta de que no estaba solo en la playa. Escuchó unas voces extrañas y miró hacia el mar. Se asustó mucho y salió corriendo a esconderse detrás de unas piedras. No podía creer lo que veía: una canoa gigante con tres palos que casi tocaban el cielo. Unos



hombres con pelos en la cara y pieles brillantes bajaban de esa gran canoa a otra más pequeña. *¿Serían los genios del bien y del mal?*- pensó Aon.

-Dos meses es más que suficiente para darse cuenta de que en estas tierras no vive nadie -dijo uno de los marineros mientras ayudaba a los otros a poner el bote sobre terreno firme.

-¿Quién podría sobrevivir en estas tierras tan inhóspitas y hostiles alejadas de la mano de Dios? -preguntó otro marinero.

Aon no entendía lo que decían los genios, pero observaba todo lo que hacían para luego contarle a su padre lo que había visto en el mar.

-¡Antonio! -gritó otro de los marineros *-¿Adónde crees que vas?*

Antonio, se alejaba por la playa con un catalejo en sus manos para poder observar de cerca la fauna del lugar. Cuando escuchó los gritos, se dio vuelta para contestarles.

-Ya sabéis que la misión de un escribiente es contar todo lo que ve, por ello reconoceré estas playas para luego contar la experiencia en la bitácora, si no veo cosas nuevas no puedo escribir nada nuevo, y a ustedes ya os conozco bastante, iforajidos holgazanes! Esto último lo dijo en tono amistoso mientras seguía alejándose del grupo. *Al anochecer estoy de vuelta.*

Aon no se animaba ni a respirar. Desde su escondite miraba como uno de los genios de pieles brillantes, se dirigía hacia donde él estaba. Se encogió lo más que pudo sin dejar de espiar por un pequeño hueco entre las piedras. Vio como el genio se detuvo, para luego tomar el camino que llevaba a la zona de las rocas.

Luego de un buen rato de caminar, Antonio descubrió un lobo marino tomando sol. Pero este marinero jamás había visto un animal como ese y calculó que debía pesar como tres o cuatro ovejas. Cuando se acercó un poco más para verlo, sus botas resbalaron sobre las rocas y cayó con tanta mala suerte que se golpeó la cabeza.

Aon, que lo había seguido por entre las matas que bordeaban la costa, para no dejar sus huellas en la arena, se aproximó con mucha cautela al lugar del accidente. Al ver al genio tirado en el piso, con una mancha roja en la frente, se dio cuenta que no debía ser tan peligroso si no sabía

caminar con cuidado por las rocas resbalosas. A pesar de los pelos que le cubrían la cara y le daban un aspecto feroz, su estatura era menor a la de su padre y su coraza, que sin duda lo protegía de los golpes, no sirvió para impedir que se lastimara la cabeza. Aon sabía que si lo dejaba en ese lugar quedaría atrapado por la marea alta. Herido como estaba, tenía pocas posibilidades de salvarse. Decidió hacer algo para ayudarlo: lo arrastró hasta un charco, le mojó la cara y le lavó la herida.

Cuando Antonio se despertó por el contacto con el agua fría, vio a un chico cubierto a medias por cueros de animales, y enseguida llevó la mano a la empuñadura de su corta espada. El pánico se apoderó de él. Jamás habría imaginado que esa tierra pudiera estar poblada por seres salvajes. Pero al observar los ojos curiosos de Aon, se incorporó y le dijo:

-De modo que tú me has despertado, imenudo golpe me he dado!

Cuando su cabeza comenzaba a acostumbrarse a la posición vertical y la sien parecía latirle menos salvajemente, Antonio advirtió que el chico le señalaba el mar. *Debí haber pasado bastante tiempo inconsciente, el agua está mucho más cerca, pensó. De no haber sido por este niño de piel colorada, hubiera quedado atrapado por las aguas de la marea alta.* Mientras Antonio reflexionaba sobre lo que le había sucedido, Aon seguía señalándole el mar con insistencia.

-Ya me di cuenta de todo muchacho, ahora nos vamos -dijo Antonio con voz ronca mientras se terminaba de levantar.

Al llegar nuevamente a la playa de arena, Antonio se dejó llevar con mucha desconfianza por el pequeño que lo tironeaba, tratando de alejarlo del mar. Luego de un rato de caminar por el desértico paisaje patagónico se encontraron con un arroyo y comenzaron a remontarlo por la orilla. Cuando el sol comenzaba a caer, llegaron a donde vivía Aon. Debajo de unos mimbres, había una decena de toldos contruidos con cueros de animales y palos. Antonio pensó que seguramente éste sería su fin, solo y rodeado por seres salvajes que no entendían su idioma ni sus costumbres.

Unas niñas que sobaban cueros se escaparon gritando al ver al extraño hombre que acompañaba a Aon. Dos o tres mujeres gordas se



escondieron tras los toldos y desde allí espiaban la escena. El chico lo guió hasta un toldo que parecía más grande que los otros, de donde salió un hombre de considerable tamaño. La piel rojiza de su cuerpo estaba cubierta a medias por cueros al igual que el muchacho, aunque su ropa parecía de una piel más fina y más trabajada. En sus pies unos cueros atados a las plantas hacían las veces de calzado. El gran hombre y Antonio se miraron detenidamente.

Poco después, Antonio advirtió que de otros toldos se acercaban más hombres, todos de mayor estatura que él. Algunos estaban armados con arcos cortos y flechas hechas de caña, con la punta de piedras afiladas y plumas en el otro extremo. Antonio se sentía rodeado. Estaba paralizado, con su mano derecha junto a su espada. No entendía de qué hablaban, ni qué hacían con unas bolsas de cuero llenas de piedras atadas a las manos y a las piernas. Cuando comenzaron a realizar una especie de danza con movimientos circulares de las manos, señalando con sus dedos el cielo, el marinero se dio cuenta de que lo estaban homenajando, y que no tenían ninguna intención de atacarlo.

Antonio se levantó y creyó conveniente imitarlos en señal de buena voluntad. Aun por su parte se había quedado en todo momento muy cerca de Antonio como para no perder el protagonismo que le daba el haber llevado a ese extraño genio hasta la tribu. Otros chicos, hasta algunos bastante mayores que él, lo miraban con respeto.

A la danza le siguió una rueda en torno a un fuego, que encendieron las mujeres con palos de los arbustos de la zona y bosta seca de algún animal herbívoro.

Sobre un costado de la toldería y bajo un mimbre grande que estaba cerca del río pudo ver dos animales muy raros, uno vivo, atado al árbol y el otro colgando de él ya sin vida. Jamás se imaginó que en esa tierra árida pudieran existir animales de ese porte. Mucho tiempo después aprendió que se llamaban guanacos, que los indios los comían y que con sus pieles se abrigan y armaban los toldos. *Un animal como ese sería un buen alimento fresco para la tripulación del barco por varios días, pensó.*

La carne salada que llevaban en las bodegas ya había cansado a todos y creyó que un poco de esa carne serviría para que el cocinero se luzca.

Luego de un rato en el que las mujeres cocinaron sin mostrarse demasiado, pues cuando se acercaban mucho al español eran alejadas con gritos y gestos de disgusto por los hombres, sirvieron una cena caliente basada principalmente en pescado y mejillones. Antonio no estaba acostumbrado al sabor de esos alimentos, pero comió con agrado. El padre de Aon se había maravillado al ver un collar de cuentas de colores que colgaba del cuello de Antonio. Cuando terminaron de comer y haciéndose entender por señas, el español cambió su collar, de muy poco valor, por el guanaco vivo.

Mas tarde, un par de hombres y por supuesto Aon -quien arrastraba al guanaco con una sogá hecha con finas tiras de cuero trenzadas-, acompañaron a Antonio hasta la playa donde estaba el barco. No fue la última vez que Antonio vio a Aon y a su tribu, ya que estuvieron en ese lugar por un par de meses y tuvieron oportunidad de conocerse un poco más.

El haber sido quien descubriera a los navegantes y se animara a llevar a Antonio hasta la toldería le valió a Aon el respeto, no sólo de los chicos, sino también de los grandes, quienes al poco tiempo comenzaron a llevarlo en las excursiones de caza como un cazador más.

Lo que cuenta la Historia

Los primeros habitantes de la Patagonia fueron los pueblos originarios que desde hace muchísimo tiempo –alrededor de 13000 años atrás-, vivían en estas tierras, dedicándose a la caza, la pesca y la recolección de frutos y trasladándose varias veces al año de un lugar a otro en busca de refugio y comida. Estos grupos que se llamaron así mismos aonik'enk, gunun a kuna y selkman, vivían en pequeñas comunidades de no más de 100 personas, en las que había hombres, mujeres y niños. Y, al igual que nosotros, tenían sus propias creencias y una forma propia de hablar, de vestirse – usando el cuero de guanaco como vestimenta principal- , de aprender, de jugar y de divertirse.

Fue a fines del siglo XV cuando un grupo de españoles, comandados por el hoy famoso Cristóbal Colón, descubrió por accidente este “nuevo mundo”. A partir de entonces, nuevos aventureros se animaron a venir por estos lados, en busca de metales preciosos para llevar a España y con la intención de evangelizar a la población nativa.

La expedición de Hernando de Magallanes en el año 1520 tuvo otra misión: bordear las costas de América hacia el sur buscando un paso hacia el océano Pacífico. Al llegar a la Patagonia se les averió el barco y fueron sorprendidos por fríos meses de invierno. Decidieron entonces refugiar sus naves en puertos seguros esperando la primavera para continuar su viaje hacia España. El escribiente de esa expedición – es decir, quien todos los días redactaba en un diario de viaje llamado bitácora lo que había pasado- se llamaba Antonio Pigafetta. Antonio dejó algunos testimonios escritos de su encuentro con los habitantes de la zona, a los que describió como “gigantes salvajes”.